

vinieronme á las mientes todas las historias terribles que habíá oído sobre el particular, y en cuanto llegué á Leipzig me abstuve de comulgar, no por impiedad, pero sí por escrúpulo.

GOETHE

EL TRABAJO Y EL DEBER

I

¿ Qué quiere decir el deber ? Quiere decir deuda, *debitum*, y tal es para vosotros el trabajo del estudio ; una deuda que habéis contraído para con Dios, para con el prójimo y para con vosotros mismos. Todo esto os parecerá talvez demasiado serio. ¿ Acaso no sois también serios vosotros ? ¿ No sois dignos de que se os dirijan palabras de real importancia y de notoria gravedad ? Habéis recibido de Dios facultades de espíritu y de cuerpo. Y yo os pregunto : ¿ con qué fin se os han dado ? A esta pregunta dan una hermosa respuesta los sagrados libros : “ El hombre, está escrito, ha nacido para trabajar, como los pájaros para volar .” No sé explicaros cuán grata me es esta imagen que nos ofrece el trabajo, que es, para el hombre, lo mismo que las alas para el pájaro. ¡ Alas ! ¡ Alas que os eleven sobre la tierra y os arranquen de su cautividad ! ¡ Alas que den vuelo á todas vuestras potencias ! ¡ Alas que se desplieguen en la luz del cielo y os hagan alcanzar la ciencia y la gloria, y finalmente, á Dios ! ¿ No queréis alas de esa clase ?

Notad que apenas hubo creado Dios al hombre, queriendo desde luego instalarlo en su empleo, lo colocó en el paraíso para que trabajase : *Posuit eum in paradysum voluptatis ut operaretur eum* ; lo cual, notadlo bien, no impedía que el paraíso fuera un lugar de delicias : *paradysum voluptatis*. ¿ Qué quiere decir esto ? Quiere decir que, aun que fuésemos inocentes como lo eran nuestros primeros padres, no dejaríamos de tener el dulce deber de cultivar ese

fresco Edén de nuestra inteligencia para hacerle dar frutos. Esta ley es primordial, natural, divina.

¡ Pero desgraciadamente, hijos míos, no somos como nuestros primeros padres! Desde el pecado original, todos estamos, permitidme la frase, condenados á trabajos forzados, á perpetuidad. Somos hijos de aquél á quien se dijo: "Comerás el pan con el sudor de tu frente."

La sentencia ha sido ejecutada en vosotros como en todos; pero vosotros no podéis quejaros de la parte que en ella os ha correspondido. En efecto, hijos míos, mientras que con tanta rudeza se ejecuta esa sentencia sobre tantos y tantos pobres niños de vuestra estatura y de vuestra edad, y á los cuales veis todas las mañanas saliendo de sus casas, antes del día, en dirección á la cantera, la fábrica ó al taller, vosotros niños dichosos, llegáis al colegio muy cómodamente, conducidos por vuestros padres ó acompañados por vuestros sirvientes, para volver á tomar un yugo y una carga que son ciertamente el yugo adorable y la carga ligera de que nos habla el Señor. Y, sin embargo, vosotros, pecadores más inexcusables que los otros pobres niños, os creéis también exceptuados de la obligación de comer con el sudor de vuestra frente el pan de cada día, ese pan de la instrucción, que como el otro, debéis hacer salir vosotros de una tierra maldita y crizada de espinas. Guardad siempre, hijos míos, en la memoria lo que voy á deciros: la primera vez que en el mundo se cometió el pecado, quiso Dios que el pecador se confesase. *Adam, ubi es?* Y hecha la confesión, Dios impuso al hombre la penitencia, la penitencia de trabajar. Esta penitencia subsiste, mientras subsista el pecado, y es siempre la misma: *in sudore vultus*; nadie se libra de ella.

II

Aunque no fuera el trabajo ley de penitencia y de satisfacción que debemos á Dios, sería ley de justicia que nos obliga para con el prójimo, y al hablar así, me refiero á la sociedad y á la familia.

¿ No veis, en efecto, que en esa sociedad todo trabaja en derredor de vosotros y para vosotros? El mundo entero pone manos á la obra, á fin de procuraros víveres, vestidos, albergue, bienestar, y, tal vez, fortuna. Y mientras está á vuestro servicio todo este vasto mundo, ¿ solamente vosotros habéis de vivir sin servir para nada, ni para nadie? ¿ La sociedad entera sería una inmensa colmena donde cada abeja haría miel, mientras vosotros os aprovecharíais del trabajo de los demás como el zángano que, zumbando, se come la miel de la colmena? ¡ No habría sido creado todo cuanto existe más que para subvenir á los goces de vuestro ocio ó egoísmo, y seríais vosotros los reyes de ese hermoso reino, sólo para ser holgazanes! ¡ Eso sería una iniquidad!

Sería, además, una vergüenza que os haría incurrir con justicia en la reprobación de los hombres, al mismo tiempo que en la maldición de Dios. Contra el ultraje de vuestra holgazanería, de vuestra iniquidad, aprestarían los hombres su venganza y sus represalias, que no serían otras que el desprecio. En todos los tiempos ha despreciado el mundo á los que para nada se servían de su vida, y sobre todo de su juventud; pero hoy, en nuestro siglo de igualdad y de labor universal, la sociedad es más que nunca inexorable con los que se resignan á no ser más que puntos muertos en el movimiento general del universo. Inútil será que pretendáis valeros de vuestro nombre y de vuestro nacimiento, creyéndos algo; para ser algo es necesario tener cierto valer personal; y para tener valer personal no hay más que un camino, el trabajo: ¡ el que nada hace, nunca es nada!

Y si tal es vuestra deuda para con la sociedad, ¿ cuánto más estrecha y más sagrada ha de ser para con vuestra familia? En la familia, hijos míos, que acabáis de dejar para venir al colegio, y á la que volveréis esta noche, hay un padre y una madre, hay hermanos y hermanas, y todos ellos se consagran, desde la mañana hasta la noche, á una

labor de todos los minutos, profundizando así, cueste lo que cueste, el surco de sus días. ¿ Por qué se condenan de ese modo á un trabajo tan duro y tan distinto del vuestro? ¿ Qué es lo que les consuela en esa pena? ¿ Qué es lo que les da reposo en esa fatiga? Un pensamiento, hijos míos, uno sólo: el pensamiento de que su trabajo ha de procurarles recursos de los que en último resultado vendréis á aprovecharos vosotros, pues servirán para costear vuestros estudios, contrayendo por vuestra parte la obligación de indemnizarlos de lo que por vosotros hacen, cuando seáis instruídos y hombres de bien. Pero si, por el contrario, nada queréis hacer, si no os preocupáis de sus solicitudes y de sus esperanzas, y vuestra indolencia no hace más que reír de sus amargos sudores de un día y otro día, ¿ qué clase de hijos seréis? Si procedéis de tal manera, ¿ qué nombre dar á vuestra ingratitud?

III

Con una conducta tal, os perjudicaríais vosotros mismos, porque además de ser deber de penitencia, de justicia y de reconocimiento, es el trabajo ley de salvaguardia y de salvación. Es escudo protector, según demuestra la experiencia; ha habido y hay todavía jóvenes que, sin educación, sin principios religiosos y sin prácticas cristianas, han podido conservarse puros, preservándose del contagio en medio del mal ejemplo y de la seducción del mundo; tenían una poderosa salvaguardia: el trabajo, el estudio.

Pero ni se ha visto, ni se verá jamás, que conserve la pureza de sus costumbres un joven, aunque sea cristiano, sin aplicarse al trabajo. El oráculo divino lo asegura: *Multa mala docuit otiositas*, lo que, en nuestro idioma, se traduce por la siguiente máxima: "La ociosidad es madre de todos los vicios."

Nos recomiendan también los santos el trabajo: *Semper te diabolus inveniat occupatum*: que el tentador tenga el disgusto de hallaros ocupado siempre. ¿ No compren-

deís por qué? Dadme una inteligencia (1) en la que todas las facultades, imaginación, atención, memoria, sensibilidad, estén empleadas, absorbidas por un mismo objeto de estudio, ¿ será posible que encuentre lugar en ella un pensamiento de pecado? Es una ciudadela cuyas puertas están guardadas por un fuerte ejército: todo lo que posee está en paz, paz de las pasiones, paz de los sentidos, paz del pensamiento, paz del deseo. ¿ Cómo queréis que ese espíritu, que ese corazón elevado á tan grande altura por el estudio, consienta en humillarse ante sentimientos bajos, cuando la contemplación de cosas grandes y bellas le tiene todavía en suspenso, encantado, deslumbrado, absorto? ¡ *Vade retro, Satana!* Y así es en verdad. Por el contrario, dejad en la inacción esas potencias interiores, dejad que se duerman esos verdaderos guardianes; pocas dificultades que vencer encontrará entonces el enemigo. Podrá entrar cómodamente: abiertas están las puertas principales. Y pasará por ellas vencedor, realizando una verdadera matanza de almas.

Refiere en sus memorias el Padre Lacordaire, que cuando, siendo niño, ingresó en el Liceo de Dijón, tuvo la desgracia de no encontrar en él á Jesucristo, pero encontró á lo menos un maestro lleno de abnegación, que le hizo amar el estudio, y le inspiró la afición á las letras, encendiendo en su alma ese entusiasmo sagrado. Y por medio de esta noble pasión le salvó, ya que no del naufragio de la fe, á lo menos del naufragio de las costumbres. "El me retuvo—dice Lacordaire—en las sagradas alturas de las letras y del honor en que vivía él, y siempre he asociado su recuerdo á todas mis ulteriores felicidades."

Pues bien, hijos míos; ahora yo os conjuro en nombre de vuestro Dios, en nombre de la sociedad, en nombre de vuestra familia, en nombre de vuestra alma, en fin: ¡ trabajad! Haced del estudio un deber de religión, de justicia, de reconocimiento y de salud. Sea vuestra divisa la que

(1) La inteligencia se toma aquí en la acepción galo-escocesa, de facultad de conocer en general—(Nota del traductor).

como última consigna daba á sus tropas aquel emperador romano el día mismo de su muerte: ¡ *Laboremus!* El trabajo le había dado la corona imperial; el trabajo os dará á vosotros una corona de valor más grande: la corona de la inteligencia y de la virtud.

Y, por fin: ¡ trabajad bien! Puesto que es un deber el trabajo, haced que nada falte para su perfección. No se cumple bien el deber haciéndolo á medias; si queréis ser bendecidos por Dios y útiles á los hombres, completa y concienzuda debe ser vuestra labor.

Así lo dice el Padre Gaty en esta parábola eucantadora:

“ Me acuerdo de un obrero que trabajaba el hierro y al que contemplaban los ángeles en el momento en que, forjando una barra, pensaba en hacerla sólida, trabajando con alegría para sus hermanos desconocidos que habían de servirse de ella. Los ángeles vieron que, de tiempo en tiempo, se detenía, y después de algunos instantes, valiente y hábil tanto como justo y escrupuloso, volvía á comenzar todo su trabajo, diciendo: la obra mal hecha puede ser causa de alguna desgracia. La barra tenía un defecto y el obrero la forjó de nuevo, haciéndola más sólida que las otras. Y vieron los ángeles que, empleada por los arquitectos, aquella barra formó parte de la armadura de un puente, y, pocos días después, vieron que se estremecía el puente al paso de un regimiento. Llegó casi á hundirse, pero no se hundió, y con su penetrante mirada conocieron que si no hubiera sido de nuevo forjada la barra, hubiera sido destruído el puente, y hubieran perdido la vida seiscientos hombres. Y no supo jamás aquel obrero que “ la obra bien hecha ” por sus manos había salvado la vida á seiscientos hombres. No lo supo hasta que los ángeles se lo dijeron cuando, después de una generosa vida, lo recibían en el cielo, mientras en el mundo lo amortajaban sus hijos llorando.”

MONSEÑOR BAUNARD

Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario

Publicase bajo la dirección de la Consiliatura

ACTOS OFICIALES DEL COLEGIO — FILOSOFÍA —
CIENCIAS — LITERATURA, ETC.

Se publica un número de 64 páginas el día primero de cada mes, excepto Enero y Diciembre.

Sólo se canjea con revistas y publicaciones análogas.

Número suelto.....\$ 20 ...

Suscripción por año (adelantada)..... 180 ...

Número atrasado..... 30 ...

Para todo lo relativo á la REVISTA, dirigirse al Administrador, Sr. D. CARLOS UCRÓS, Colegio del Rosario, calle 14, número 73.

Se envían por correo números y suscripciones fuera de la ciudad, siempre que venga el valor del pedido.

No se admiten remitidos ni anuncios.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico